



CONSULTORIO SENTIMENTAL

CONSULTA

Estimada camarada: Os voy a pedir un consejo, ya que yo estoy, como suele decirse, «entre la espada y la pared». Resulta que vine a esta "tierrina" cuando tenía trece años; como mi edad aún requería juegos y algazaras, nos reuníamos las amigas y amigos; ellos eran estudiantes; uno de ellos siempre tenía predilección por mí; pasó algún tiempo, vino la guerra; él, como todos, marchó; llegó a hacerse oficial; nos escribíamos como madrina y ahijado; realmente, cada vez nos juntábamos más; llega a pedirme relaciones; yo, como todas las niñas, le decía: «Cuando termine la guerra». Termina la guerra, y vienen a esta población una montaña de oficiales. ¡Qué caras, qué tipos! No era sólo la estrella; no penséis que nos gustaba eso; pero bueno. Se formó más jaleo que en Brunete: bailes, paseos, cine, y cuando no, te mandaban la entrada a casa. Uno empezó a rondarme, me seguía por todas partes; me gustaba en realidad: tenía una caballerosidad tan delicada y hablaba de una manera que encantaba; fui tan muñeca, que me hice novia de él. No me acordaba para nada del otro; ya ni le escribía; me porté, y lo reconozco, indignamente.

De pronto, dicen que los oficiales a sus casas, disponibles; yo misma me decía: «Tengo que ser una santa, y no faltarle». Ahora viene el otro, también disponible; ni sabía que había venido. Salgo un día a la calle, cuando de pronto me lo encuentro; nos miramos; no sé lo que por mí pasó. Desde entonces, un continuo disgustillo reina sobre mí, que no puedo explicarlo, porque no encuentro palabras para describirlo.

Como soy jerarquía de O. J., una noche voy con mi carpeta pendiente a despachar mis asuntos, y vuelvo a encontrármelo; se dirige a mí con una velocidad imponente; empieza a hablarme; no sabía si reír o llorar o echar a correr; cada palabra que me decía, pensaba que me caía al suelo; no abrí mi boca para nada; por cierto que llevaba una carta para el otro en la carpeta. Al regreso a mi casa, paso por Correos, voy a echarla, parece que una mano invisible me tira del brazo para que no la depositara. Pasaron tres días con la carta en la carpeta: decidí dársela a mi criada.

Ahora me tienen los dos casi idiota, hablando casi mal; el uno, diciéndome que me porte bien, que volverá; y éste, repitiéndome por teléfono todos los días que no es posible que un cariño de dos meses esté arraigado como el de él, que es desde nuestra infancia. ¿Quién os parece, en realidad, que me quiere? A mí, por un lado, prefiero al otro, que me lleva siete años y tiene más munao; el de la infancia es dos años mayor que yo; despreciarle me da pena, porque sé, y me consta, que le amargaría su juventud, y al otro, dejarle, también me consta que cuando volviera era capaz, como tenía un poco de «piguiña» con el ahijado, de formarme un escándalo; y vuelvo a repetiros, parezco provinciana repitiendo las cosas; que me da pena dejarle, porque se porta a las mil maravillas conmigo.

Camaradas: que no os suceda esto; poned los medios antes, porque es peor que estar en las manos del S I M rojo. Espero vuestro consejo; yo tengo poca edad, y comprendo que mi cabeza rige con mucha velocidad.

LA INFELIZ NÚM. 13.

RESPUESTA

Es usted tan joven y tan encantadoramente ingenua, que la perdonarán todo. Posee aquel delicioso «sentido de la vida», que hizo de Helena de Troya la heroína de una guerra; pero que, por desgracia, no todos comprenden, como ocurre con esos Paris y Menelao a quienes el siglo XX ha puesto estrellas en la bocamanga.

Tiene todas mis simpatías y, por lo mismo, me da pena aconsejarla. Por muy poco honesta que sea mi contestación, siempre tendrá que sacrificar algo de sus gustos, y adivino que, en el fondo, desearía quedarse con los dos oficiales; pero ¡como estamos en España, y la poliandria es una institución sin curso legal en los países civilizados...!

En confianza: ¿Piensa casarse? De ser así, con cualquiera de los dos oficiales es que lo hiciese notaría la falta de uno. ¡Y sería terrible! Porque la encuentro de una gran capacidad afectiva, muy inclinada a compadecerse, y la compasión es una bella cualidad que resulta peligrosa en las mujeres casadas.

Todos los hombres tenemos un déficit, y suele ser en el matrimonio donde se pone de manifiesto. ¡Figúrese si descubre

que el déficit de su marido es el superávit del otro! Me imagino las horas tristes que pasaría lamentando la equivocación. Claro, que para un adepto de la escuela cínica el problema es de fácil arreglo; pero, ¡usted!, ¡yo!... Es una solución en la que no se puede pensar.

Siempre he creído que en amor los que ganan son los más ajenos al asunto. Así, cuando se trata de disminuir el enfado de una dama a base de flores o de otras cosas más positivas, el que resulta beneficiado es el vendedor. ¿Por qué no resuelve la duda entre los dos oficiales con la admisión en su vida de un Capitán? Fíjese que la sugestión ofrece bellas perspectivas. Si lo encuentra, déjese de recuerdos y de comparaciones, y baje públicamente la vista a los acordes de la marcha nupcial. Todo esto al poco tiempo del hallazgo, para no dar lugar a la necesidad de un Comandante.

Creo que la solución que le ofrezco es la más adecuada a su consulta. Una mujer que duda entre dos amores, es una mujer que no está enamorada. Si acaso, tiene un pequeño apasionamiento, y ya sabe que un paradójico inglés dijo que las pasiones duran menos que los caprichos.

No se preocupe por el porvenir afectivo de esos dos oficiales. Los hombres nos consolamos en seguida: En cuanto creemos encontrar unos bellos ojos inéditos. Y, ahora, sólo me resta enviarle con mi adiós un proverbio árabe: «Suerte en la separación».

ANTONIO MÁS-GUINDAL.

¿En qué consiste este «Correo sentimental»? Nuestras lectoras, que así lo deseen, escribirán a «Y» planteando sus problemas sentimentales del momento, esos «problemas» para cuya solución o esclarecimiento la mujer se decide en ciertas ocasiones a buscar un consejo desinteresado e inteligente. Nosotras escogeremos de la correspondencia mensual la carta que nos parezca más interesante y se la entregaremos a un escritor de firma conocida, quien responderá a nuestra comunicante.

En la nueva sección daremos, por tanto, la carta de consulta guardando el anónimo o pseudónimo de la consultante y publicaremos, la contestación de nuestro distinguido colaborador, que cada vez será distinto.

Constituye, en fin, este consultorio un consejero de alto prestigio y gracia literaria.

Lógicamente se supone que las opiniones sustentadas por los escritores que responden a nuestras comunicantes, son de la incumbencia exclusiva de nuestros distinguidos colaboradores y cuya publicación no indica por parte de «Y» ni aprobación ni desaprobación alguna.

Para poder acudir a esta nueva sección será necesario incluir por cada consulta cuatro cupones de los que se insertan dos en cada número, y en sobre cerrado hacer constar: Para el «Correo sentimental».